

Entrevista con Javier Cercas

Una edad de frontera

Guadalupe Alonso

Libros como Soldados de Salamina, Anatomía de un instante y La velocidad de la luz han convertido a Javier Cercas en uno de los autores más reconocidos de nuestro idioma. Guadalupe Alonso conversó con él acerca de su más reciente novela Las leyes de la frontera.

Tras la publicación de, entre otras obras, *Soldados de Salamina* (2001) y *Anatomía de un instante* (2009), ambas *best-sellers*, el escritor y periodista español Javier Cercas entrega *Las leyes de la frontera*, una historia de amor situada en Gerona, territorio catalán en el que se crió. Si el escenario en *Soldados de Salamina* fue la Guerra Civil española y en *Anatomía de un instante*, el intento de golpe de Estado en España, en 1981, *Las leyes de la frontera* sucede durante la transición, a pocos años de la muerte de Francisco Franco, un momento de turbulencia cuando el país pasaba de la dictadura a la democracia. La sociedad española estaba sumergida en un estado de confusión. Una vez derrumbados los muros de la represión, el camino hacia la libertad resultaba incierto, cundía el miedo y el pronóstico del futuro no era claro, en especial para las clases marginadas. Fue entonces cuando proliferaron las bandas de delincuentes juveniles o quinquis, con quienes el autor, a sus dieciséis años, tuvo cercanía. En esta atmósfera se desarrolla el relato de Cercas, una novela de iniciación que va de los años ochenta hasta nuestros días. En este periodo de tres décadas, Javier Cercas lleva al lector a la frontera donde tienen lugar los hechos que marcan definitivamente el destino de sus protagonistas: Ignacio Cañas, El Gafitas; El Zarco y Tere.

Después de Anatomía de un instante, ¿cómo entras a esta novela?

Para mí lo esencial es el retorno a la ficción. *Anatomía de un instante* fue un libro muy duro, entre otras cosas porque tuve que prescindir de la ficción y para un escritor como yo, acostumbrado a inventar, eso de no poder inventar es como escribir con una mano atada a la espalda. Tenía muchas ganas de volver a la libertad de la ficción, que no es absoluta, pero es mucho mayor. Los orígenes de este libro son complejos y múltiples. En España en los años de la transición política, de la dictadura a la democracia, a finales de los setenta y principios de los ochenta, se produce un fenómeno a la vez muy local y muy universal. Muy curioso, sobre todo. Hay una gran proliferación de bandas de delincuentes juveniles, chicos muy jóvenes, adolescentes de arrabal, muy pobres, sin educación y que, como decía el verso de Bob Dylan, no tenían nada y, por tanto, no tenían nada que perder. Lo curioso, lo interesante es que literalmente capturan la imaginación del país, se convierten en auténticos mitos cuyo trasfondo está en el mito universal del bandido adolescente, el forajido, *Billy The Kid*. Y en torno a ellos se genera toda una subcultura, muy floreciente, muy poderosa. Se filman muchas pe-



Javier Cercas

lículas, no todas buenas, pero algunas han sido las más taquilleras del cine español, y protagonizadas, además, por los propios chicos que se interpretaban a sí mismos en la pantalla. Lo mismo en la literatura, en los diarios y la música. Los medios de comunicación, las revistas, estaban llenos, saturados; hubo una verdadera mitificación de estos chavales.

Sabemos que los mitos son una mezcla de mentiras y verdades, y en una mezcla de mentiras y verdades el resultado es mentira, pero esa mentira expresa verdades profundas de la sociedad que las crea. Estos chicos, en aquel momento, expresaban mejor que nada la mezcla de temor, incertidumbre y miedo que sentía la gente ante la libertad. Y también la fascinación, porque la sociedad española miraba a estos chicos un poco como los miraba yo, un adolescente de su edad. Era un tipo parecido a El Gafitas de la novela, un adolescente de clase media. De hecho yo vivía en el mismo lugar donde vive Gafitas, la misma ciudad, el mismo colegio, en fin, hay muchos paralelismos personales. Estos chicos no eran ajenos a mi experiencia, no eran extraterrestres, formaban parte de mi paisaje vital, estaban por todas partes, en los recreativos, donde íbamos a jugar en los autos de choque, y yo los miraba un poco como los miraba el país, con una mezcla de temor y fascinación, porque era gente peli-

grosa que podía sacar una navaja, y, por otro lado, era gente que llevaba una vida aparentemente libre, que tenía dinero, que iba con chicas guapas, tenían coches y encima eran mitificados. El caso es que éste fue un fenómeno muy intenso, pero muy efímero. A mediados de los años ochenta se acabó. Nunca más una película, una novela o un libro. Como si no hubiesen existido.

¿De dónde nace tu interés por el tema?

Mientras escribía *Anatomía de un instante*, mientras me documentaba para escribir este libro, esos chicos se me volvieron a aparecer de algún modo porque leía cosas sobre la transición y me interesaba la alta política, los protagonistas de las páginas digamos nobles de los periódicos. Pero en las páginas menos nobles, el protagonismo de estos quinquis, de estos delincuentes juveniles, era abrumador. El grado de idealización al que se llegó era sonrojante; eran presentados como Robin Hoods, que robaban a los ricos para dárselo a los pobres: nada más alejado de la realidad. El caso es que se me volvieron a aparecer cuando terminé *Anatomía de un instante*. De repente resucitaron para mí, porque hubo una exposición en Barcelona, hecha por chicas muy jóvenes —no de mi generación, pues no habían vivido eso—, con una mirada irónica, pop. Entré a la exposición y la verdad es que rejuvenecí o envejecí treinta años porque por primera vez en mi vida mi adolescencia se había convertido en material de exposición, material histórico. Y al final de la exposición vi algo que me impresionó mucho: un montón de fotografías en blanco y negro de gran tamaño de estos quinquis todos muertos. Una de las razones por las que esto terminó tan rápidamente fue porque todos, la inmensa mayoría de ellos, murieron. Uno de los protagonistas del libro, que vive prácticamente hasta hoy, es una excepción absoluta. La inmensa mayoría murieron muy jóvenes a causa de la violencia, a causa, sobre todo, de la heroína, una epidemia brutal que arrasó literalmente con mi generación. Decenas de miles de chicos muertos, quizá más de un centenar, a causa de las consecuencias de la heroína y del sida. Me impresionó mucho ver aquel montón de fotografías. Pude haber conocido a varios de esos chicos que ya estaban ahí muertos. Incluso yo mismo podía haber sido uno de esos chicos, porque era un adolescente pedante y timorato. Felizmente era timorato y nunca me uní, como lo hace el protagonista de la novela, a una banda de estos chicos, pero podría haberlo hecho porque en aquel momento las fronteras entre uno y otro eran muy permeables. Y eso me conmovió mucho. Me pregunté: ¿por qué ellos sí y yo no? ¿Por qué ellos murieron tan jóvenes de una manera tan violenta y prematura y yo aquí estoy? Tengo cincuenta años y he llevado una vida normal. Bueno, quién sabe lo que significa normal, pero aquí estoy y nos entendemos, tengo una familia. Y ésa es la pregun-

ta que realmente pone en funcionamiento al libro: ¿por qué ellos sí y yo no?

De algún modo la adolescencia es una edad en la que los chicos desean romper con lo establecido en busca de una vida de excepción. Esto lo reiteras en el libro.

La adolescencia es una edad muy extraña. El libro tiene dos partes; una transcurre en 1978 cuando los protagonistas son adolescentes y todos son delincuentes, quinquis. Aquí se cuenta la historia de un chico como yo, de clase media que vive en la frontera de la ciudad. Un día cruza esa frontera y se une a la banda de los delincuentes juveniles. Descubre que las leyes son distintas de un lado y del otro. Descubre las cosas esenciales de la vida: el amor, el sexo, el mal, la violencia. Creo que esa primera parte es una novela de aprendizaje, la iniciación, donde un chico se vuelve adulto o parece que se vuelve adulto.

La adolescencia es una edad de frontera también: no acabamos de ser niños y todavía no somos adultos; es una edad muy dura, al menos para mí lo fue. Creo que este adolescente, Cañas, a quien llaman El Gafitas, se ve impulsado a eso. En parte lo hace por afán de aventura, pero no del todo. Lo hace impulsado por el miedo, para huir de una situación personal difícil y, fundamentalmente, por el descubrimiento del sexo, del amor. Eso es lo que lo hace valiente, lo que lo lanza a la aventura. Quizá también el deseo de llevar una vida distinta de aquella para la que está destinado. Desea una vida distinta a la de sus padres, de esa vida aburrida, burguesa, previsible. Las fronteras en la adolescencia son más fáciles, más permeables: dando un paso puedes estar del otro lado y ese paso puede ser irreversible. Es lo que está a punto de ocurrirle a Gafitas.

La historia está llena de claroscuros: el bien y el mal, la solidaridad y la traición, el amor y el desamor. Gafitas, un chico de dieciséis años, conoce el mal absoluto y esto desata una cadena de situaciones que lo llevarán por un camino inesperado. A través de la novela muestras cómo un hecho en la vida de un adolescente puede marcar su destino.

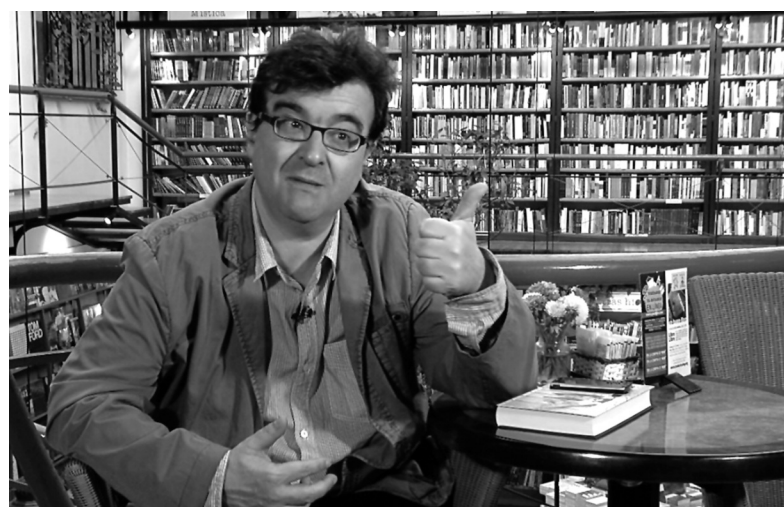
Al final de la primera parte, Gafitas vuelve a la normalidad. En la segunda parte, que transcurre a lo largo de este siglo, descubrimos que eso de la madurez en la vida adulta sólo es un espejismo y que dentro de nosotros seguimos siendo adolescentes, para bien y para mal. Gafitas descubre también que ese pasado que creía pasado no ha pasado del todo. El pasado no pasa nunca, siempre está ahí y puede volver a atraparnos en cualquier momento. Eso es lo que a él le ocurre. Y algo más muy importante, lo que le ocurre a mucha gente alrededor de los cuarenta años es que en algún momento de esa etapa piensas que te has equivocado, que tomaste un desvío en el camino y llegaste a un sitio que no te

tocaba. Éste es un momento en el que él se ha divorciado, ha conseguido profesionalmente lo que quería, y piensa: en algún momento me equivoqué, la vida que estoy viviendo no es la que quería llevar ni la que me correspondía. Es una vida prestada. Entonces aparece aquel pasado y cree que se puede agarrar de él para volver a llevar la vida que imaginó.

Trazar al personaje de El Gafitas fue casi como recurrir a tu propia experiencia. Hay algo de autobiografía en esa historia. Pero, ¿cómo entras en la piel del líder de la banda de los quinquis, El Zarco?



© José Quiroga



© José Quiroga



© José Quiroga

El Gafitas superficialmente tiene mucho que ver conmigo. El Gafitas soy yo, pero también los demás personajes soy yo, es decir, los personajes de un libro, dice Milan Kundera, son yoes hipotéticos del escritor, posibilidades no realizadas del escritor. Después de ver esa exposición y de conmoverme ante las fotografías de los delincuentes muertos de mi edad, me pregunté qué habría ocurrido si en lugar de ser este adolescente timorato y pedante, un día hubiese cruzado la línea y me hubiese unido a una banda de delincuentes. Así empieza uno a imaginar. Y todas las novelas son así, funcionan así. Un día Cervantes se levanta por la mañana y dice: Bueno, qué habría pasado si en vez de haber estado en Lepanto y haber estado en la batalla y haber estado preso, me hubiese pasado la vida en un poblachón de La Mancha leyendo libros de caballería. Ahí empieza a imaginar el *Quijote*. Lo que ocurre es que Cervantes no es sólo Don Quijote. Cervantes es también Sancho Panza, todos los personajes del libro, porque todos son carne de su carne y sangre de su sangre. Igual ocurre en todas las novelas.

¿Cómo me metí en la piel de El Zarco? Ésa es la obligación del escritor, quizá la principal virtud de un escritor. Nadie puede ser novelista si es incapaz de meterse en la piel de los demás. Ésta es la condición *sine qua non* de imaginarte a ti mismo viviendo una vida distinta de la tuya. Y, por lo demás, no era tan extraño para mí. Insisto, yo he visto a estos chicos, he hablado con ellos, formaban parte de mi paisaje vital, podía imaginar cómo pensaban, los había oído hablar. Por supuesto, luego hice mi trabajo. Vi muchas películas sobre esto, leí mucho. Pero mi propósito, más que nada, era dinamitarlos. Antes he dicho que estos chicos eran un mito. Creo que con los libros, al menos los últimos que he escrito, inconscientemente quizás he ido a parar a mitos de mi país, a mitos universales o a mitos al mismo tiempo de mi país y universales, y he querido ver lo que había dentro, los he desmitificado. No en el sentido de despreciarlos, sino en el sentido de intentar examinar su propio mecanismo, cómo funcionaban, intentar darles una vuelta, verlos desde otra perspectiva: el mito de la Guerra Civil, el mito de Vietnam, el mito del 23 de febrero del golpe de Estado o el mito de estos *Billy The Kids*, de estos bandidos adolescentes. No es que haya querido despreciarlos, sino ver lo que había dentro. Y lo que había dentro eran unos pobres chicos que no tenían nada que perder. Hicieron eso porque no tenían otra solución. Lo cual no significa que algunos de ellos no tuvieran cierta grandeza y que no fuesen dignos de piedad, de compasión y de solidaridad. El Zarco, al final, para mí al menos, adquiere cierta grandeza. Es un bestia y un cabestro, pero obedece a un código suyo, a las reglas de más allá de la frontera. Las respeta a rajatabla: la lealtad, la amistad, el coraje.

Uno como lector acaba queriendo al Zarco...

Ah, eso es maravilloso, debería ser así. Yo acabo queriéndole, sintiéndome cerca de él. A pesar de que es un animal, a pesar de todo, porque es lúcido acerca de su propia vida.

Y esto de los mitos es interesante porque el ser humano, que los ha inventado, siempre ha recurrido a ellos en busca de algunas respuestas. Con el tiempo la invención de estos mitos se ha transformado. En tu libro tiene que ver con lo que hacen los medios de comunicación. Qué diferencia existe entre aquellos mitos de la antigüedad que nos han permitido explicarnos, de alguna manera, los orígenes y misterios del universo, a diferencia de los mitos que circulan hoy en día y que tienen cierto tufo de falsedad porque entretanto muchos se construyen por intereses mediáticos.

Es una pregunta muy complicada que nos llevaría muy allá. El paso del mito al logos es fundamental para la creación de la civilización occidental. El mito es una fábula, una mezcla de mentiras y verdades, ergo, una mentira, y el logos es la razón, comprobable, es fundamental para los seres humanos, para el desarrollo de la civilización occidental. Lo cual no quiere decir que los mitos no persistan, que no tengan su utilidad. Los mitos son un poco como las novelas, que no son verdad, son mentira, pero a través de ellos comprendemos cosas fundamentales. Tienes toda la razón en que los mitos actuales los crean los medios de comunicación. Eso está muy presente en la novela. En ella pasamos por un momento en el cual los medios de comunicación ya tienen importancia, a finales de los setenta, y crean el mito de El Zarco con una serie de elementos. Pasamos de ese momento, que ahora ya lo vemos como la prehistoria, a un momento como el actual en el cual vivimos en una sociedad totalmente mediática. Permíteme que haga un paréntesis: en la novela hay una visión muy dura de los medios de comunicación. No es mi visión, pero es la visión de los personajes de la novela y es lógico que así sea. Sobre todo porque los medios de comunicación tienen más poder. Aquello que no ocurre en los medios, prácticamente ya no ocurre. Los medios ya no sólo reflejan la realidad, la fabrican. Y eso los dota de un poder extraordinario, brutal, que puede usarse para bien o para mal, como todo poder. Ese poder extraordinario debería dotarles de una responsabilidad extraordinaria y, como saben muy bien los periodistas, no todo el mundo está a la altura de esa responsabilidad. Ahora mismo vivimos en una sociedad en la que el predominio de los medios de comunicación es abrumador. Eso tiene ventajas, pero tiene *side effects*, contraindicaciones. Los protagonistas de este libro ven cómo algunas personas son creadas y destruidas por los medios. Incluso algunos que intentan manipular a los medios, como el propio Gafi-

tas, son destruidos, hasta cierto punto, por los medios de comunicación.

¿Qué diferencia hay con los mitos de la antigüedad? Los mitos actuales, cuidado, también explican cosas, incluso los creados por la televisión basura, explican cosas de nosotros mismos. Así que habría que estudiarlo y reflexionarlo, pero no creo que sean esencialmente distintos de los mitos de la antigüedad. Tendrán mayor o menor presencia, pero la función sigue siendo la misma. Son esas mentiras que dicen cosas de nosotros mismos que no podemos decir a través de la verdad. Lo que hay que hacer con los mitos, quizás, es ver lo que hay en ellos, por qué se convierten en mitos, qué explican de nosotros.

Hay otro personaje entrañable en la novela, Tere. Forma parte de la banda de quinquis, un personaje misterioso que guarda todas las respuestas que la novela no responde.

Lleva dentro todas las respuestas que la novela no responde, es completamente cierto; o las que el lector podría responder o que cada lector responderá a su manera. Para mí esta novela, al final, es una larga y compleja historia de amor que dura treinta y pico de años. No lo había previsto, no era mi intención inicial. Fue una sorpresa. Por cierto, para el periodista que conduce el libro —y al final es quien nos lo entrega—, también es una sorpresa, no se lo esperaba. No solamente eso, creo que también, inesperadamente, Tere acaba siendo el personaje fundamental. Es el enigma del libro, es quien guarda los secretos del libro, quien encarna los dilemas morales y un personaje al que yo quiero mucho. Alguna vez me he preguntado: ¿Tú, cuando fuiste con los quin-

quis, conociste a alguna chica como Tere? Y la respuesta es no. Por eso escribí el libro, para conocerla. Creo que es el personaje trágico del libro.

Decía Mario Vargas Llosa que un escritor vierte sus obsesiones en la literatura, escribe cuando despiertan sus demonios. ¿Cómo ha sido en tu caso?

No lo sé, por eso escribo libros. Los demonios son obsesiones que te persiguen, que no puedes definir y que explotas en tus libros. Seguramente si supiera cuáles son esos demonios podría librarme de ellos y dejaría de escribir.

Desentrañar la naturaleza del ser humano es algo que está presente en todos tus libros.

En parte eso es lo que hace la literatura, explorar la naturaleza humana, las viejas verdades del corazón, como decía Faulkner. Explorar hasta el final en lo que tiene de extraordinario y en lo que tiene de espantoso. A eso nos dedicamos contando historias.

Esta novela se inscribe dentro de una tradición literaria que va de Joyce, con Retrato de un artista adolescente, a José Emilio Pacheco con Las batallas en el desierto o Alessandro Baricco con Emmaus. Todas ellas novelas de iniciación. El tema parece inagotable.

Es un género universal. La adolescencia es muy interesante, es una época de incertidumbre, de cambio, muy dolorosa. “Yo tenía veinte años”, dice Paul Nizan, “no permitiré que nadie diga que es la edad más hermosa de la vida”. **u**



© Javier Nardiz